

color de guardarla, sólo sabían oprimirla; las noticias de tanto fracaso en las conjuraciones tramadas para su rescate; la triste lectura de los periódicos, cuando alguno llegaba des trozado á sus manos entre los pliegues de una servilleta ó bajo los tapones de una botella; las aflicciones que debía tomarse por escribir con zumos de limón unas veces y hasta con su propia sangre otras billetes al Rey cautivo y á los conjurados ausentes; agitábanla en términos de creer muchas veces ella misma que iba sin remedio á perder la razón en aquella horrible tempestad de dolores sin tasa y sin medida y sin número. El grito de muerte, dado por los clubs y por la Convención, resonaba en sus orejas continuamente, como si á ellos los llevase una electricidad misteriosa. En su interior pena la desgracia del marido se le pintaba en la retina; se le aparecía en los sueños y en los insomnios; se mezclaba como la hiel de la pasión hasta en el agua que bebía y le aumentaba de tal modo la tristeza que parecía toda ella liquidarse y deshacerse la infeliz en un torrente de atrabilis. A lo mejor la desesperaba una enfermedad en las personas queridas; luego una blasfemia contra la religión ó contra la monarquía en sus feroces calaboceros; ya la vista de cualquier caricatura indecente, ya el pornográfico letrado de los guardias ennegreciéndola con los mayores insultos; mas nada era todo esto comparado con el silencio que la circuía y con la falta de todo seguro en la cerrazón de aquel horizonte negrísimo que pesaba sobre sus sienes. Ora se pasaba días enteros sin pronunciar una palabra; ora se ponía triste á mirar su demacrado rostro en las retinas de sus hijos; ora conversaba sobre lo infeliz que la hiciera el cielo, como á su hermana Isabel; ora de hinojos evocaba el corazón traspasado por la siete agudas espadas que fuera objeto predilecto de sus devociones en su encantada infancia; más frecuentemente la sangre de los Césares en su temperamento se anteponía por completo y en absoluto á todo; el genio heredado de María Teresa la estallaba en las sienes; el orgullo regio nativo en ella, le transportaba el alma, le hacía hervir la sangre, le coloraba el rostro, le fulminaba en los ojos, le sugería una furia trágica indecible; y apesar de tantos esbirros como la rodeaban y de tantos obstáculos como á sus expansiones le oponían, gritaba la infeliz contra la Comunidad y contra la Convención en frases, las cuales debían atraerle sobre la hermosa garganta, como un rayo, el horrible cuchillo en la espantosa guillotina; muchas noches se desnudaba: otras, si al fin su familia conseguía desnudarla, pasabáse la noche temblando de dolor y de frío, con todo género de tristezas trágicas en el pensamiento; sus labios murmuraban estas palabras involuntariamente: «¡infames, infames!» Cubierta la cabeza con una papalina de cortesana, cuyos encañados le caen sobre la espalda; vestida de limpia estameña, pero remendada; con una modestísima pañoleta en el pecho y con unos más que modestos zapatos en los pies; á la cintura una correa de monja; en los dedos, á lo mejor, un rosario y una reliquia de sus devociones; Antonieta semejaba esas figuras trascritas á las paredes tristes de los monasterios femeniles, recordando la penitencia ó la muerte. Mas aun los cabellos

lucen mezclados con finas hebras argentadas; aun la espaciosa frente refleja su altivez nativa y las cejas guardan su olímpico fruncimiento y la mirada celeste fulmina orgullo y la nariz aquilina los de Austrias evoca sus blasones dinásticos y el carnudo labio recuerda las bocas de los Haspburgos retratadas por los principales pintores del Renacimiento y la sangre de María Teresa le salta en la fisonomía y el orgullo de ser reina y de ser hija de cien reyes la rodea de un nimbo extraño en aquellas alternativas suyas entre la desesperación y la esperanza. Los dolores del alma toman en ella los mismos seflejos que acusan la salud y la robustez del cuerpo. No le pidáis la conformidad y la resignación de su cuñada Isabel; no le pidáis el estoicismo de su ilustre marido, tan sereno en el patíbulo como si estuviera en el trono, la reina lucha ya que no puede usar de otra fuerza, en lo interior de su alma, con todos sus enemigos.

Después de haber visto la situación, por que pasaba, y el estado que tenía, en el momento de la defensa del Rey, la Reina, volvamos á los defensores y la Convención. Malesherbes, Tronchet y Deseze habían ya convenido el proyecto de discurso, que debían emplear para persuadir el ánimo de los convencionales al perdón. Malesherbes acabó de proveer á la defensa con todos los documentos habidos á mano. Tronchet suministró las razones legales de jurisprudencia y derecho, Deseze redactó y escribió la grande arenga que había leerse ante los jueces. Una de las mayores preocupaciones del Rey estaba en la imposibilidad que tenía de hacer cosa ninguna para mostrar á sus defensores cómo estaba con ellos obligado y cómo hacia ellos sentía un profundo é incontrastable agradecimiento. No teniendo confidencias sino las habituales con Malesherbes, ni otro confidente sino éste su antiguo ministro, díjole cuánto y cómo sufría por no poder, en su desnudez y en su miseria, dar muestra ninguna de gratitud á Tronchet y á Deseze. El sabio jurisconsulto conjuró las cavilaciones de su regio cliente, diciéndole debía pagar sus deudas morales, abrazando á los dos abogados en el momento de salir para la Convención. Ciertamente, añadió el ilustre anciano, nada puede tener un Rey cautivo para ocurrir al pago material de tales deudas morales, que no son pagaderas con bienes de fortuna, pues lo extraor dinario de las circunstancias, lo supremo del caso, la grandeza del Rey, hacían que la conciencia humana y la eterna posteridad se debieran encargar del pago de estas obligaciones contraídos por Luis XVI, quien quedaba libre y redimido de toda deuda con sólo abrazar á sus bienhechores. Y, en efecto, los abrazó al partirse para la Convención; y mientras los abrazaba, oyéronse algunos sollozos que no salieran del pecho de Luis, sino que salieran del pecho de sus abogados. Momentos después de tal escena entraron Santerre, ó sea el comandante; Chambon, ó sea, el alcalde; y Chaumete, ó sea, el síndico, en requerimiento y busca del Rey para conducirlo segunda vez á la Convención. Repitiéronse todos los alardes y alardeos de fuerza ostentados en la visita precedente. El pueblo apareció más reservado y más encrespada la Convención. Según las tradiciones realistas un Rey no puede

hacer antesala en este mundo á nadie «¡Luis XVI!» «¡Espera!» dijo en cierta ocasión e Rey Sol, teniendo que aguardar no sé á quien. La Convención humilló á Luis XVI con bárbaras y nuevas humillaciones haciéndole aguardar por espacio de una hora, como á cualquier mísero ciudadano, en las antesalas del salón de sus juntas. Luis iba mejor traheado que á la primer visita. Su traje no parecía tan raído como el traje anterior y su rostro llevaba menos impresa la sombra del calabozo. Aunque sus cortesanos y compañeros, queriendo verle mover la compasión pública y la caridad universal, le aconsejaban un traje desceñido un aspecto flojo; Luis cuidó de su persona y de su vestido con los pocos medios procurados por la actividad. Cuanto más insistían sus confidentes en que promoviese algún afecto de piedad, más él se recluía en sus dignidades y en sus fueros históricos. Nada de afeitarse, decían los confidentes, para que la majestad caída tuviera el aspecto de la miseria y el Monarca se confundiese con los últimos pordioseros. Luis no quiso que aquello de no afeitarse apareciera como afeite y se confundiesen sus penas reales con indignos y rebuscados artificios. Así, no sólo presentó á la Convención un rostro limpio, sobre cuya tersa piel campeaban unos ojos serenos; presentó el cabello bien peinado y bien dispuesto el vestido. Clery á este objeto y fin reclamó unas tijeras, que le fueron entregadas por los comisarios de la revolucionaria Comunidad. No cabe dudarle; ya no lo duda la Historia: el Rey crecía con majestuoso crecimiento moral á medida que se acercaba el postrero fin. Aquel aire de resignación, en la imposibilidad de todo combate, le ceñía un verdadero nimbo de mártir, incompatible antes con las horas en que pudo combatir y reinar. Los diputados saltan en grupos á contemplarlo hacia el salón de conferencias desde su salón de sesiones; y Luis los miraba sin curiosidad, sin orgullo, en absoluta calma. Todos sus cuidados, todas sus solicitudes se cifraban en sostener á sus tres abogados como si éstos fueran los reos y él su defensor. Nada de provocativo, nada de insolente, nada que pudiese trascender á desquite aguardado, ni en sus gestos, ni en sus frases. Hablaba calorosamente á Malesherbes, pero con voz tan entera y en actitud tan firme que parecía no concernerle nada de lo que allí pasaba. Malesherbes le dió el tratamiento de Majestad; y un mísero convencional, oyendo aquello que él creía desacato á la Convención, preguntóle cómo era osado á pronunciar tratamientos proscritos por la República. «Me atrevo á eso, dijo Malesherbes, porque desprecio la vida,» y continuó su diálogo empleando de nuevo la palabra majestad, rasgo del carácter aquel, guardado con aplauso en los juicios de la Historia y repetido como ejemplo por la posteridad.

La mayor prueba de posesión del propio espíritu dada por Luis XVI en estas trágicas circunstancias, patentizábala el coloquio que mantuvo desde el Temple á la Convención, sobre los mayores historiadores antiguos, y especialmente sobre Tácito. Tan grande nombre guardaba para la ocasión aquella grandísima enseñanza. Como sobre la monarquía romana cayera un anatema providencial muchos siglos antes; en aquella hora se

desplomaba un anatema, providencial también, sobre la Monarquía francesa. Luis XVI había hecho muy poco para conjurar este anatema; más bien lo había traído y acelerado con sus incertidumbres y sus perplejidades infinitas. Bien es cierto que si el mal arraiga y profundiza tanto que no se cree posible un remedio, sobreviene la muerte, quien halla, parece imposible, sus profetas. La inmortal clásica literatura del siglo segundo de nuestra era, comentada por Luis XVI durante la fúnebre procesión, vestibulo del cadalso, esa literatura se aparece muy solemne y muy testamentaria. La vieja sociedad romana creíase por aquella sazón envenenada y envenenada se creía también á su vez en esta sazón la sociedad francesa, vieja é histórica. Nada, pues, más digno de los últimos coloquios de un rey moribundo que la evocación de Tácito. Esta evocación acerca los últimos coloquios del mártir Luis á los últimos coloquios del mártir Sócrates. Todos los finales y acabamientos de las grandes instituciones ¡ah! se parecen. Hablando de Tácito, hablaba el Rey de su propio tiempo y de sí mismo. Detengámonos un minuto ante historiador tan grande para conocer la verdad del paralelo entre la época de los primeros emperadores romanos y la época de los últimos reyes franceses. Aunque hayamos de repetir alguna idea ya dicha, contemplemos á Tácito un minuto, contemplando al par la obra y el trabajo de Tácito. A la dudosa luz de aquel crepúsculo del espíritu antiguo, suspendido sobre su ocaso, levántase como una gran sombra, este historiador extraordinario, conciencia y remordimiento de aquella sociedad; este historiador, quien, de haber nacido en los tiempos del primer trágico griego, usurpárale su genio, porque nadie lo ha poseído como él, ni aun el mismo Shakespeare, el gran dramaturgo británico; este historiador, que ha escrito en estilo cortado, sentencioso, lapidario, cual conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia del mundo romano, el poema de la tumba del paganismo, según Homero escribiera un día el poema de su cuna; este historiador, que nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales, grabados con el hierro candente de su terrible palabra en la memoria humana; unos tiempos tristes por su incertidumbre, pasmosos por sus vicisitudes, atroces por sus batallas, desgarrados de continuo por grandes sediciones, duros en la guerra, crueles en la paz; muchos emperadores asesinados, muchas batallas civiles increíbles; el Occidente conmovido, el Oriente próspero, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos; Italia destrozada por terremotos; el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar la lepra de sus crímenes á la tierra; el Capitolio devorado por los incendios; las santas ceremonias religiosas, ó suspendidas ó profanadas; los islotes llenos de desterrados, los escollos teñidos de sangre; los suplicios convertidos en premio de toda virtud como la delación en escala para todas las dignidades; los esclavos levantándose contra sus señores; los amigos vendiendo á sus amigos, como los hijos á sus padres; las magistraturas todas en una mano, los senadores en el polvo; los pueblos en el circo, los patricios convertidos de guerreros en gladiadores, el orbe pasando de un

taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un glotón, de un glotón á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino; devorados todos en una orgía, donde se mezclan los sexos y se cometen los mayores crímenes, el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio; crímenes, que no tuvieran jamás un justo castigo, si Dios no suscitara el genio sombrío, el genio severo de Tácito; única grande alma exenta de las manchas sobre todos escupidas en el cieno de la esclavitud, para que atormentase por toda una eternidad á los tiranos y á sus obras en el eterno infierno de su Historia. Los anales de Tácito debieron revelar á Luis XVI especie tan verdadera y consoladora como que no le tocaba, sino una mínima parte de culpa en la catástrofe aquella, la cual iba pasando, hechura de los errores cuando no de los vicios que habían ostentado en el trono tantos reyes como ejercieron sin empucho la tiranía y dilataron sin piedad la guerra.

Estudiando el Imperio romano, como estudiando la monarquía francesa, échase de ver que han resultado su formación y su descomposición por el impulso de los hechos, por la fuerza dialéctica de los acontecimientos, por la lógica viva y real de la historia. Dios condenó antaño el Imperio romano á morir y el Imperio romano murió; Dios, hogaño, es decir, en Diciembre del noventa y dos, condenaba el régimen monárquico francés á morir, y moría el régimen monárquico francés. La inteligencia del pobre Luis no pudo evitarlo, de igual manera que no pudieron evitar la catástrofe romana, no, los mejores Césares de Roma. Quitaos de la cabeza que sólo entran monstruos en el Capitolio. Hay Césares allí merecedores de haber vivido en los buenos tiempos de la República. Hombres hay allí, que tienen toda la severidad de costumbres reconocida en los Camilos, en los Gracos, en los Escipiones, en los mayores generales y tribunos de la Roma republicana, ensalzados por historiadores como Plutarco. Pero, según observa Gibbon, Guisot y otros pensadores los cuales no son demócratas, como yo, y que, por ende, no tienen tanto motivo para quejarse de los excesos del poder, ¡cuán funesto don reciben á una los déspotas con el despotismo! poder letal para quien lo sufre, más letal para quien lo ejerce. Aquellos hombres, alzados como en personificación de todo el género humano, sobre los pináculos del mundo, teniendo bajo su capa imperial toda la tierra, creen al sol un topacio de su diadema, miran todos los pueblos en el polvo como inmensa turba de siervos y todos los ejércitos resueltos, á una señal suya, para lanzarse al combate como inmensa turba de gladiadores; ven templos, altares, holocaustos y sacerdotes en torno suyo á guisa de los dioses del Olimpo; si quier heredan virtudes cívicas, superiores á las que tuvieran los primitivos romanos, sienten tristeza infinita en el trono, desaliento inexplicable como si el poder absoluto les envenenara el imperial espíritu. Jamás ofrecieron los anales del mundo una serie de hombres mayores ni más tocados de incurable impotencia, un Vespasiano debelador de Orien-

te, muriendo en guisa de cualquier misántropo; un Tito, delicia del género humano, consunto en siniestra melancolía; un Antonino Pío, llegado al trono como un santo y muerto con la nota de indiferente y escéptico; un Marco Aurelio, vivo entre ideas de la más pura moral y muerto en brazos de la más triste desesperación; un Septimio Severo, quien, después de haber vencido á los bárbaros, después de haber interpuesto su pecho como un gran escudo, entre la irrupción de estos pueblos y Roma, después de haber humillado la soldadesca que quiere mandar en el Imperio, pide veneno por extinguir su vida porque su vida le abrumba; un Probo, deseando que su Imperio no hubiera menester ni ejércitos, ni tributos y que, incapacitado de realizar estas reformas, se clava en el vientre las lanzas de sus guardias; un Decio, que corre á las orillas del Danubio, obliga á los godos al retroceso hacia sus desiertos, retardando la inevitable caída de Roma, y se desespera del todo al ver cómo, pudiendo salvar á Roma de sus enemigos exteriores, no puede salvarla de sus íntimos vicios; un Aureliano, quien, intentando cauterizar las llagas sociales del Imperio, se abrasaba el corazón y se decía, «¡los dioses me abandonan!»; un Diocleciano, haciendo el postrer esfuerzo para redimir aquella sociedad y descifrándose por último la túnica de los Césares, cuyos paños le oprimen, como si tuviera una serpiente al cuerpo enroscada; todos grandes hombres, pero todos consumidos por los mismos grandes dolores, cual si el Imperio, que fuera para los Césares protervos ocasión de aumentar sus crímenes no fuera para los Césares grandes y justos, más que ocasión de perder sus virtudes, pues la corona universal, lejos de engrandecerlos ¡ah! los aniquilaba, echando sobre sus cráneos y sobre sus cerebros la inmensa pesadumbre del planeta. Hemos presentado estos grandes ejemplos de la triste fatalidad reinante sobre los mortales, no en disculpa, ni mucho menos, de Luis XVI, en prueba de que sus defensores debían alzarse á todos los siglos, debían evocar ante los jueces todas las dinastías francesas, debían reconocer la parte de malaventura tocada en suerte al Rey de Francia en el momento mismo de subir al trono francés, ya estremecido en sus raíces por terremotos sociales fatalísimos, y ya envuelto en los paños de su solio por una secular tormenta cargada con huracanes de pasiones y con electricidades varias de tormentosas ideas. No se podía reducir la defensa, no, á un alegato jurídico, como el presentado á cualquier tribunal ordinario, era preciso hacer cómplice del coronado reo, conducido ante la Convención, á todo el universo y apelar de la injusticia del hombre á la justicia de Dios.

Volvamos hacia la defensa. Tras larga espera, como hemos dicho, entró el Rey en la sala de sesiones, acompañado por los tres ilustres jurisconsultos, resueltos en todo á sostenerle y auxiliarle. Luis no mostró, ni arrogancia, ni humildad; más bien mostró indiferencia. La grande asamblea, muy agitada minutos antes de llegar el Rey, se calmó y calló en un silencio y en una calma verdaderamente oceánicos. La misma encrespada Montaña se aquietó, mostrando reservada y prudente actitud, sugerida sin duda de ningún género